

Episkenion 1 (junio 2013)
Nunca es siempre en teatro

ISSN 2340-4485

Otras formas de describir la realidad

FERNÁNDEZ RIVERA, David, *Hipnosis / La Colonia*, Madrid, Ediciones Antígona, 2011, prólogo de Ángel Padilla, 102 páginas.

Josep Lluís Sirera
Universitat de València

No sé si serán estos malos tiempos para la lírica, pero lo que sí me resulta evidente es que los dramaturgos que desarrollan su trabajo en ellos se encuentran ante un reto de considerable magnitud: tratar de reflejar el mundo en que vivimos con un lenguaje que huya de fórmulas que, quizá por desgastadas, nos sirven de poco. El realismo más convencional (lo que no quiere decir que sea poco meritorio, ni mucho menos) se refugia en un teatro costumista que, como las viejas comedias de tresillo (ahora devenidas más bien monólogos de taburete por falta de presupuesto), nos ofrecen una visión epidérmica de nuestro entorno, ya sea esta visión crítica o, por el contrario, acepte sumisamente las cosas como son. Hay otro realismo, por supuesto, que bebe no de la tranquilizadora comedia sino de formas mucho más *toscas* como el melodrama o el teatro de intervención política. Una estética en expansión aunque quede relegada a espectáculos tan interesantes como marginales: la industria teatral, en definitiva, no gusta en exceso de este tipo de propuestas y, puestos a hacer teatro *político* se siente más cómoda recurriendo a obras clásicas, de repertorio para entendernos.

Pero hay también otras opciones, que se alejan del realismo más trillado y sin renunciar a ofrecernos visión crítica (o hipercrítica como en este caso) de la realidad, beben, por ejemplo, en las fuentes de la llamada segunda generación de las vanguardias españolas o, si se prefiere del teatro simbolista. Se recurre, igualmente, a la poetización del texto dramático y a la alegoría incluso. Es lo que sucede en este texto, que su prologuista —Ángel Padilla— nos presenta con las siguientes palabras:

En *Hipnosis* el poeta David Fernández Rivera muestra la cara más grotesca y plástica de la medrosa sumisión al poder, que destruye nuestra identidad transfigurándonos, con su mentira física, en otra cosa que no somos nosotros. Las máscaras que todos llevamos frente a los demás y frente a nosotros mismos —de las que tanto ha hablado la psicología—, ¿hasta qué punto en algún lugar del aire no son reales? Su textura, su malignidad asfixiante, su forma ocupando espacio...

Las caretas con las que nos obliga la sociedad a fingir, a asumir un papel con el que ser aceptado por los demás, por el grupo en definitiva, a ser clones en una suerte de colonia constituida por millones de seres sin alma. (Página 10)

Acertada reflexión que nos ayuda a situar la historia de su protagonista, Bruno de la Vega en un entorno que por fuerza nos tiene que recordar al del teatro expresionista que surgió, especialmente en Alemania, tras los desastres de la Gran Guerra europea. El mismo título hermana dos términos que remiten a la literatura, el teatro y al cine de la época, desde *El gabinete del doctor Caligari* a *Metrópolis*, pasando por supuesto por la fundamental *En la colonia carcelaria* de Kafka (1914). Y, por supuesto, no olvidemos cómo se nos presenta el protagonista:

Postrado en un silla de ruedas, viste camisa de fuerza y pantalones oscuros, su rostro se diluye bajo el brillo siniestro y negruzco de una «vistosa» y contundente máscara balística. (Pág. 36)

Máscaras que remiten directamente al conflicto acabado de citar, de la misma forma que la imagen de la invalidez y la *locura* que acompañan al protagonista nos sitúan en el universo desquiciado de una Europa destrozada por la guerra... o por una crisis de efectos tan devastadores como la que estamos sufriendo. No es casual, me parece, que la obra se inicie con esta noticia que se escucha por la radio:

En las próximas horas se confirmará la necesidad de reducir las partidas presupuestarias relativas a la creación de nuevos centros escolares. La ministra de educación convocará esta misma mañana una rueda de prensa en la que... (Página 25)

Ni que decir tiene que Bruno de la Vega es un protagonista asimilable a los héroes del teatro expresionista: enfrentado con el mundo, en el que se incluye a su familia, sufre además un proceso de *reconstrucción biográfica* a posteriori que, esto sí, es muy de nuestra época. Aislado, se esfuerza inútilmente en oponerse a un mundo que ayudó a construir. Lucha titánica condenada al fracaso y que le conduce irremisiblemente al suicidio al tiempo que su figura manipulada por el poder adquiere unos tintes heroicos y se convierte en poco menos que en un *santo* oficial de la colonia. Un final que no por previsible es menos sobrecogedor, desde luego.

La obra está escrita de forma muy elaborada, se mueve entre el lenguaje dramático y el poético, como la historia lo hace entre la objetividad y la subjetividad) y alcanza clímax emotivos destacables en los monólogos, en especial en los que encontramos en las que el autor califica de *dagas*, tres en total situadas entre los dos primeros actos (de los cinco de que consta la obra) y que juegan el papel de ofrecer otra *enfoque*, otro punto de vista, de lo que se nos está representando. O, también, en la escena tres del acto quinto con que se cierra la obra.

Todo lo anterior nos lleva a afirmar que nos encontramos ante una escritura, la del joven dramaturgo y poeta (www.davidfernandezrivera.es), dotada de una fuerte personalidad y que ha sabido encontrar en la obra unos procedimientos expresivos de gran eficacia.